

La fuga de cerebros

Se está poniendo otra vez en boga hablar de “fuga de cerebros”: una película ha tenido un gran éxito haciendo chiste de la cuestión. La verdad, creo que es la mejor manera de tomar el asunto. Y es la mejor por ser este uno de esos temas sobre los que hay grandes opinadores (valga el palabro) que sientan cátedra sobre algo de lo que no tienen ni puñetera idea.

Porque una de las opiniones más extendidas es la que argumenta así: “No podemos permitir que, después de todo un proceso de inversiones en una persona que ha ido superando los diferentes niveles educativos y tras concluir sus estudios universitarios con un excelente trabajo de investigación, merecedor del título de Doctor o Doctora por la Universidad de Almería –pongamos el ejemplo-, se vaya, con todo lo que en esa persona se ha invertido, a otra universidad o centro de investigación...”. Será ese mismo opinador u opinadora quien año después o año antes, ¿qué mas da!, sentencie con la misma arrogancia la igualmente excelente argumentación que sigue: “Y lo que no puede consentirse es que un chico o chica –empezamos con los calificativos que delatan la talla del o de la menda que evacua el razonamiento- que entre –el verbo tiene mala fe- de becario o becaria en la universidad, ¡tenga que salir –ojo con la mala leche que inoculara quien opina- de funcionario!”.

¿Está claro? Por tal de cagarme en la suerte de otra persona, que ya hubiera yo querido para mi, pero sin esforzarme, argumento una cosa y su contraria. Incluso dos veces cada una de ellas, si fuese necesario. ¿Qué es lo que nos pasa a las gentes que hemos “mamao” (¡qué fea quedaría esta palabra con “d”!) este excelente sol, que tanto nos gusta quejarnos por activa o por pasiva, pero quejarnos al fin y al cabo? Y como quejarnos no es exclusivo de nadie, comparto con ustedes el “vómito” escuchado a otra persona que, sin ser andaluza, también fue parida en la piel de toro que habitamos: “Margaret Thatcher, cuando llegó al gobierno británico, cerró un puñado (no me digáis que no queda mal ahí en medio la “d”) de universidades, ¡con dos cojones bien gordos!”

La gordura de sus cojones no la dudo: aquella mujer posaba los pies a dos palmos el uno del otro cuando se ponía firme. De lo que sí que dudo es de lo otro: los dos cojones los hubiera tenido si hubiese sido capaz de ver la bondad democrática de una Universidad que no sólo se concibe desde las élites sociales, y no cerrar ninguna. En algo estoy de acuerdo, por ser de una lógica aplastante: “si matas a un pobre, uno menos quedará”. Con dos cojones... no hubiera sido tu cerebro el de la fuga, tonto-pera.

Fecha: 31/01/12

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL